

SUSANNA ISERN

MAGIC ANIMALS

UNA TRAMPA CARNÍVORA



DESTINO

Ilustraciones de Carles Dalmau

SUSANNA ISERN

MAGIC ANIMALS

UNA TRAMPA CARNÍVORA

Ilustraciones de Carles Dalmau



DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2024
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Susanna Isern, 2024
© de las ilustraciones, Carles Dalmau, 2024
Asistente de color: Alejandro Vázquez
Maquetación: Endoradisseny
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2024
ISBN: 978-84-08-29404-7
Depósito legal: B. 15.313-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

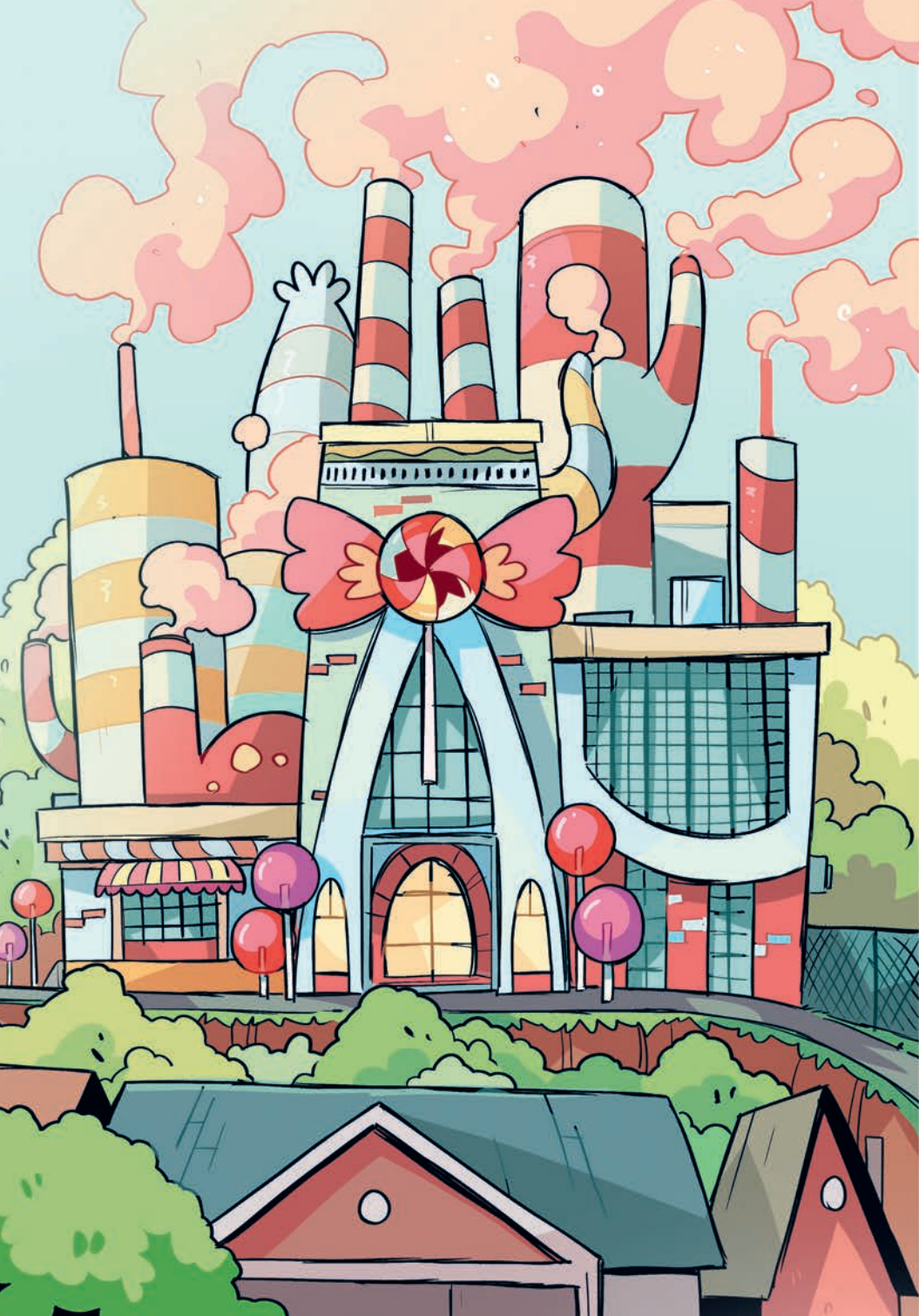
La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.





En el pueblo hay una gran fábrica de galletas que tiene varias chimeneas. Cuando era un simple pájaro, adoraba posarme sobre el sombrero de la más alta para impregnarme bien de los olores a vainilla, canela y chocolate. Al atardecer visitaba los merenderos y picoteaba las deliciosas migas que dejaban los humanos. No sé si sabes que las pizcas que se os caen al comer se convierten a

menudo en un festín para los animalillos como yo. Espera, no me mires con esa cara, no te estás enterando de nada, ¿verdad? Te pongo al día en un periquito. Me llamo Abi Bird y, aunque nací ave, un día me convertí en niña y más tarde en Magic Animal, mitad humana y mitad animal. A mis amigos Nico Salamander, Yuna Wolf, Cloe Cat y Éric Grizzly les sucedió lo mismo. Tanto ellos como yo fuimos elegidos para proteger nuestro valle del malvado mago Otto. Pero como es un secreto, tenemos que pasar desapercibidos y parecer niños normales: acudir al colegio, comer con cubiertos y dormir en colchones con patas.

Precisamente aquella mañana fuimos a visitar la fábrica de galletas con nuestra clase. Teníamos mucha curiosidad por verla en pleno





funcionamiento. Yuna estaba encantada, incluso había decidido no cenar la noche anterior por si había degustación. Ya sabes que nuestra amiga lobezna es terriblemente golosa y le fascina la repostería.

Cuando el enorme portón se abrió, nos golpeó un aroma delicioso. Una señora con un delantal lleno de manchas y gafas con forma de corazón nos sonreía desde el otro lado con una bandeja sobre la que descansaba una pirámide de cookies recién horneadas.

—Niñas, niños, os presento a madame Tartaline, la directora de la fábrica —dijo la profesora Mery.

—Bienvenidos —sonrió ella—. Hoy tendréis el privilegio de probar nuestra nueva galleta: la arandina.





Nos abalanzamos sobre la bandeja como si no hubiese mañana, no tiramos al suelo a la pobre madame Tartaline de puro milagro. Todos cogimos una galleta menos Yuna, que tenía un hambre de loba y se zampó seis de un solo bocado. Ah, y Cloe dijo que a ella eso de las frutas naranjas de la China... No sé a qué venía hablar de naranjas cuando las galletas eran de arándanos.

—¿Y bien? ¿Qué os parece? —preguntó madame Tartaline.

—Deliciosa —respondió Yuna—. Aunque la mandrina sigue siendo mi favorita, con diferencia.

—Sí, es que esa es única —estuvieron de acuerdo mis compañeros.

El rostro de Tartaline dibujó una mueca. En



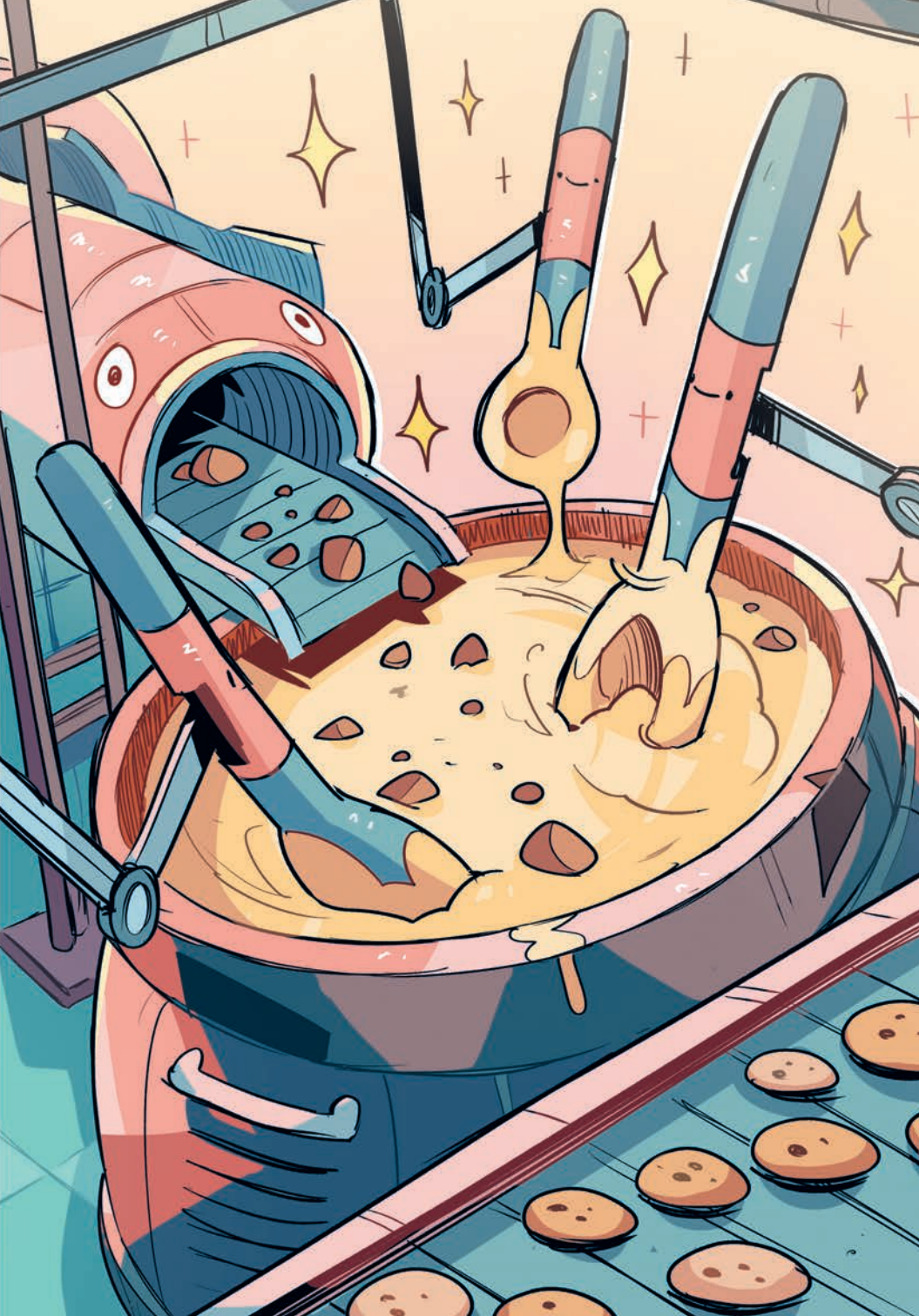


ese momento no entendimos por qué. El caso es que todos estuvimos de acuerdo en que la mejor galleta de la historia de la humanidad y de la animalidad era la famosa mandrina del valle de Blim. A diario partía una camioneta cargada con cajas y más cajas que se repartían



por todo el mundo. Y es que estas galletas tenían un ingrediente que solamente podía encontrarse en un cultivo autóctono, salvaje y desconocido. Lo único que sabíamos era que se trataba de una especie de fruta del bosque anaranjada que tenía un sabor indescriptible y que se llamaba precisamente así: mandrina.

El interior de la fábrica era alucinante. Nos llevaron hasta la inmensa cocina, donde enormes vasijas con cucharas mecánicas removían una gran variedad de ingredientes deliciosos: dulce de leche, nueces, chocolate... Una vez estaba lista la masa, un buen número de personas la dividían en bolitas que luego aplastaban, para finalmente dejarlas en unas bandejas. El siguiente paso era el horneado. No te imaginas lo enorme que era el horno, por lo menos cabían mil galletas; qué digo



mil, ¡mil y una! Y el olor, ay, el olor. Babeábamos tanto que tuvieron que venir a pasar la fregona.

La profesora Mery y madame Tartaline se alejaron del grupo y salieron de la gran cocina. Cloe aprovechó para meter la zarpa en una vasija.

—Oye, pero ¿qué haces? —pregunté.





—Solo le estoy dando un toque especial a la masa... —repuso, con una sardina en la mano.

—Tienes que dejar ya la idea de las galletas de pescado —la riñó Éric—. ¡A nadie le gusta!

—¿Por qué no jugamos al escondite?

—preguntó Yuna, que se había metido prácticamente entera en un bol enorme y tenía masa de galleta hasta en las orejas.

A mí aquello me pareció una locura, pero Nico y Éric echaron a correr, o mejor dicho a deslizarse, por encima de una plancha de mantequilla.

—¡Cuenta, Cloe! —exclamó Nico, mostrando sus dotes para el patinaje.

—¡Por aquí! —dijo Yuna, agarrándome de la mano. Estaba más pringosa que un tarro de miel a punto de acabarse.



Cloe comenzó a contar a regañadientes de cara a la pared, algunos compañeros más se unieron al juego. Yuna y yo corrimos entre las cajas, hasta que nos topamos con una puerta.

—Por aquí —susurró ella.

Y nos escondimos debajo de una mesa.



Al cabo de unos segundos nos dimos cuenta de que no estábamos solas. La profesora Mery y madame Tartaline estaban hablando y parecían preocupadas. En cuanto oí lo que decían casi se me para el corazón, pero lo que me dejó estupefacta fue la cara de Yuna. Sus ojos brillaban como las estrellas y tenía una sonrisa de oreja a oreja.

